mico puede descomponer las cosas en sus elementos, y componerlas á su arbitrio bajo ciertas leyes; pero no crear nuevos elementos.

Los antiguos, mas modestos que nosotros, se contentaban con llamar *invencion* á las figuras y fábulas poéticas, igualmente que á los argumentos oratorios. La imajinacion busca y *halla* en el vasto espectáculo del mundo físico y moral todos los elementos que convienen á su asunto: ese es el mérito de la invencion. Coordinarlos despues debidamente es el mérito de la composicion. En fin, los espresa de la manera mas exacta y enérjica: ese es el mérito de la espresion y del estilo.

En todas estas tres partes es fácil reconocer el principio de imitacion. Por medio de la invencion se toman de la naturaleza los rasgos que han de caracterizar la belleza, la composicion los reune, el estilo los espresa.

No se pide mas al poeta. Tenemos modelos, *disposicion y espresion, y por consiguiente imitacion.* Esto mismo hacen la pintura y la escultura; y nadie les ha quitado hasta ahora el título de artes imitativas.

Nadie pone en duda que la poesía dramática imita; pero algunos preguntarán: ¿qué es lo que imitan la oda, el epígrama, la elejía y el poema didáctico? Responderémos que *todo.*

¿Qué es la oda, désele la forma que se quiera, ó el nombre que se adopte? La espresion de un sentimiento, ya vivo, impetuoso, y movido por un objeto como era entre los antiguos, ya causado por reflexiones filosóficas y morales; ya ardiente y desenfrenado; ya mas dulce y tranquilo. Pues ahora bien: si el poeta quiere justificar el sentimiento de que hace confidencia al lector; más decimos, si quiere que el lector no se reconozca engañado, es menester que *pinte* con rasgos fogosos, animados y correspondientes á la pasion que lo agita, las cualidades del objeto que se ha apoderado de su fantasía ó de su corazon, ó bien el órden de sensaciones y de ideas que han producido la exaltacion de su ánimo. Ya describa; ya raciocine, es menester que trasmita á sus lectores las afecciones de su alma. Para eso ha de presentar los objetos que las han causado como él los ve, porque los hombres solo se mueven por simpatía: luego ha de pintar lo que tiene en su imaginacion, es decir, ha de imitar los modelos que le ha presentado la naturaleza.

Lo mismo decimos del poema didáctico. ¿Quién lee á Columela; sino los que quieren estudiar la historia del arte precioso de la agricultura, y conocer el estado en que se hallaba entre los romanos? Pero las Geórgicas de Virjilio serán eternamente el encanto de los que se aplican á la literatura romana, por la perfeccion del estilo, esto es, por el arte de convertir en cuadros animados, y dar un colorido moral á los preceptos de la ciencia del labrador. Nos hace interesante y amable todo lo que trata, porque todo lo presenta á la vista como en un lienzo. El lector de Lucrecio devora con fastidio la esplicacion del sistema de los átomos, de la *panspermia* de la *homeomería*, del universo formado por el concurso fortuito. Pero sale de su letargo al ver la descripcion de la peste de Atenas, ó de Ifijenia degollada por órden de su padre ante los altares, ó del poder de Venus que vivifica el universo. ¿Por qué? porque en estos pasajes se vuelve á encontrar con el escelente poeta en lugar del perverso físico y peor ideologista.

La epístola no merecerá el trabajo de escribirse en verso, si no han de decirse en ella mas que los cumplimientos y vaciedades que por lo regular llenan las cartas comunes; porque en cuanto á los negocios domésticos, ni aun los poetas de profesion acostumbran á escribirlos sino en humilde y rastrera prosa. La epístola, ya moral, ya satírica, si ha de interesar no puede hacerlo sino describiendo los hombres y los caracteres con rasgos que los graben profundamente en los ánimos de los lectores, como Rioja á los hipócritas y Juvenal á Mesalina.

Hasta el humilde epígrama necesita de imitar, y de imitar bien, alguna ridiculez humana, si es jocoso; ó si es serio, el objeto sobre que versa. En general nada nos interesa en poesía, sino lo que afecta la imajinacion; y nada puede afectar la imajinacion sino lo que está descrito, pintado, imitado, en fin, con gracia, con soltura, con exactitud.

No se crea inútil esta teoría en la práctica del arte; porque el principio de imitacion dá esta consecuencia utilísima. El raciocinio no es elemento de la poesía. Todas las operaciones del alma deben revestirse en las bellas artes del colorido de la imajinacion. El que no acierte á darlo á los objetos que retrata, escriba en prosa.

EL MONITOR.

México 14 de Febrero de 1846.

Damos hoy lugar al siguiente artículo de uno de nuestros compañeros, por lo que suspendemos hasta mañana la continuacion del artículo de ayer.

Propusieron al fin los señores del *Tiempo*, el único remedio que hallan á los males que aquejan á la patria, y publicaron su fe política. Seanos lícito á nosotros combatirla, á nosotros que republicanos por educacion y por convencimiento, tenemos fe en la república y en nuestras ideas: á nosotros que creemos que los males de la patria son hijos de la ignorancia de nuestros gobernantes, y de la desmedida ambicion de las dos únicas clases privilegiadas que hay en nuestra sociedad, y que siempre nos han gobernado: seanos lícito á nosotros defender la Águila republicana de nuestro pabellon y representar á la nacion entera, combatiendo á los mas esforzados campeones de la monarquía y del yugo estrangero.

Los señores del *Tiempo*, despues de hacer una pintura exacta quizá de nuestro infeliz estado, desde la independencia hasta nuestros dias, dan por causa de aquel el violento tránsito que tuvimos de esclavos á ciudadanos, de súbditos de un monarca á ciudadanos republicanos, del abismo de la abyeccion al culmen de la libertad, para la cual no teniamos elementos porque nos faltaba la ciencia, nos faltaba la virtud, nos faltaba el conocimiento de nuestros derechos y de nuestros deberes, y porque nos faltaba todo en fin. Nosotros vamos de acuerdo en esta idea tambien con los señores del Tiempo, y hoy no habrá quien desconozca su exactitud; creemos tambien con ellos que el estado en que se hallaba la nacion cuando nació el plan de Iguala, fué tambien la causa de las simpatías que ese plan obtuvo; creemos mas que ellos, que si el Sr. Iturbide, hubiera tenido un poco de ese capricho que hoy llaman los aduladores de nuestros gobernantes, energía, su fin no hubiera sido trágico, y haciendo la felicidad de la patria habria establecido su dinastia, porque entre un rey estrangero desconocido para la nacion, y un hombre que acababa de elevarla hasta donde se puede elevar á un pueblo, y que estaba dotado de mil prendas que arrastraban á su amor, la eleccion de los mexicanos no podia ser dudosa.

Creemos tambien que nuestros males tienen su orígen en la fatal influencia de los Estados-Unidos en nosotros, de esas reuniones de maldicion que creó Poinsett, para dividirnos con la profunda mira de enseñorearse de nosotros, sin mas trabajo que el de deslumbrarnos, bien así como se precipitaria en un abismo abierto á sus piés en la mayor claridad del dia, un hombre que saliese repentinamente de las más profundas tinieblas.

Por eso creemos que nuestras desgracias han sido necesarias, y por esto creemos tambien que no seria el remedio de ellas retrogradar cinco ó seis lustros. Estamos íntimamente convencidos de que la nacion mexicana está destinada á ser república, y sin que se crea que queremos parecer profetas en materia de acontecimientos irrealizables, no vacilariamos en asegurar, que si el imperio mexicano hubiera subsistido por algun tiempo, habria llegado tambien y acaso pronto el de la república, con la sola diferencia respecto del estado actual, que entonces las formas republicanas habrian sido desde su principio estables.

Pero hoy despues de esa transicion violenta, y cuando han arraigado en nuestro corazon las creencias, las simpatías á las repúblicas, ¿será posible arrancarlas de raiz aún cuando no sean mas que ilusiones de nombre, con las que respiramos en el entusiasmo de nuestra juventud, y á las cuales abrigamos con todo el ardor de la novedad? No ciertamente, porque, volviendo al símil propuesto, no creemos que la vista que padeció por el tránsito repentino de las tinieblas á la luz, y que despues se acostumbró á ella, se halle en un estado grato, volviendo á hundirse en la oscuridad del caos: disminuyamos, la fuerza de esa luz, no la hagamos vibrar con toda su intensidad en la retina, y habremos conseguido el objeto.

Pero veamos ya cual es el proyecto de los señores del Tiempo. Establecer un monarca conforme al plan de Iguala, que venga solo, enteramente solo, sin un noble y sin un soldado, á crear una nobleza y un ejército. Su administracion será la conveniente á la nacion sea cual fuere, y por ahora las promesas relativas á ella son muy alhagüeñas. Los señores del Tiempo, añaden que la nobleza no será la presa de la ambicion, y que será concedida solo al mérito; establecen pues, la aristocracia del talento.

Al contemplar tan deliciosa perspectiva no hemos podido menos de esclamar: ¡qué, estará reservado al dominio estrangero el hacernos gozar de tantos bienes? Y con júbilo hemos conocido que no; porque no hallamos ninguna necesidad de traer un estrangero para realizar el programa que indica el *Tiempo*. Ni menos creemos que se necesite el título de rey para ejecutar lo que ejecutarse puede en el sistema republicano. No hallamos contrariedad ninguna entre el arreglo de la nacion y las instituciones populares. Creemos que la aristocracia del talento, no solo puede sino que debe existir, y ser la única que haya en una república: creemos que la hacienda nacional se puede arreglar por hombres instruidos, bajo un gobierno republicano: creemos que solo este sistema es capaz de procurar el bien para nuestros lejanos departamentos fronterizos; y creemos en fin, que cuantas ventajas pueda traer la monarquia constitucional á *nuestro* pais, se hallarán con esceso en el verdadero sistema republicano.

Porque nosotros juzgamos que las formas son de aparato, y que en materia de gobiernos la esencia es la que importa. Mayor ó menor centralizacion del poder, con respecto al territorio; mayor ó menor representacion del pueblo, con respecto á las garantías individuales, es lo que nosotros consideramos en un gobierno sea cual fuere. Y como, lo mismo que los señores del Tiempo, estamos persuadidos de que ninguna forma de gobierno es absoluta y esencialmente buena, sino que esta cualidad depende de la relacion en que se halle con el pais, nos hemos convencido de que la *monarquia es impracticable en México.*

Y contrayéndonos al proyecto de los señores del Tiempo, ¿creen ellos por ventura que un monarca no necesita las simpatías de su pueblo? porque el nuestro no las podria tener por ningun estrangero. ¿O juzgan que la buena acogida que ha tenido su periódico es debida al fondo de sus ideas que no todos pueden conocer, y que ahora que se han esplicado claramente han escandalizado, y no al buen lenguaje, á lo bien redactado de su periódico que es de lo mejor que en esta línea ha visto la luz pública? Es preciso que se desengañen para que no repitan que han tanteado el terreno antes de entrar en la lid. Campeones aguerridos los del Tiempo y escritores de excelente ingenio, no debian confundir sus tendencias con las tendencias nacionales.

Y esa aristocrasia, ese regulador constante que se opone á los abusos del pueblo y del rey, ¿se puede improvisar? Donde están la veneracion que á ella le debe el pueblo y las consideraciones que la guarda el trono? Por qué habriase de respetar á Pedro, duque hoy, si conocimos á Pedro, simple ciudadano ayer? Y hablando francamente, ¿de dónde iria á sacar el monarca su nobleza? Del ejército, ó de la clase de ricos que hay en nuestro pais. Porque seria dificil hallar entre ellos esa copia de ingenios claros, y de instruccion profunda, que soñara el *Tiempo*, en número suficiente para formar un cuerpo de nobleza. ¿La buscaria en la clase media en donde realmente se halla? Pero esa nobleza sin brillo ayer, cómo podria imponer á la multitud que la ha tratado de igual á igual? ¿No hallaria el fin del grande Iturbide, puesto que esa es en concepto de los señores del Tiempo la única causa de su caida?

Y el nuevo ejército ¿quiénes lo compondrian? ¿No correria el monarca la suerte de nuestros presidentes? Porque al fin hay mas aliciente y mas orgullo en derribar un trono, que en traicionar á un presidente....

---

mias por la amistosa condescendencia que nos ha manifestado en esta ocasion el digno representante de nuestra ilustre hermana."

Los tres personages continuaron por algun tiempo este lenguaje convencional de recíprocos cumplimientos. En el que Struensee no se mostró el menos hábil ni el menos lisonjero.

Cristiano preparaba ya el pergamino y el sello real que en pocos minutos iban á convertir á un pobre aventurero en un duque, en un gran personage digno de enlazarse con una jóven princesa de la sangre de los romanos. ¡Qué sueño! Sin embargo, la realidad se presentaba á Struensee próxima, segura, sin obstáculo. En tal momento, y al pensar en tanta elevacion, cualquiera hubiera vacilado; y con efecto, la idea de tal fortuna le deslumbró por un instante; pero un recuerdo de Matilde disipó la ilusion. Ya tenia el rey la pluma en la mano, cuando su privado echando una mirada á los papeles que habia sobre la mesa, y tomando uno de los que el conde de Rantzau habia llevado aquella misma mañana para la firma real.

—Señor, dijo al príncipe, permitidme que dé á mi amo en vuestra presencia, y con vuestro auxilio, un testimonio respetuoso de mi gratitud. Por mas orgulloso que deba hallarme por el gran favor con que me quereis honrar, no podrá eso recabar que me ocupe esclusivamente del interes de mi sola fortuna. Creo demostrar mi reconocimiento á las bondades del rey, anteponiendo sus intereses á los mios; y si V. E. consiente, la firma de nuestros contratos seguirá á la de la alianza entre las dos coronas."

El príncipe arrugó el entrecejo, pero no tuvo objecion que poner á esta prueba de delicadeza de Struensee.

Este estendió entónces los papeles que tenia en la mano, y dijo:—He aquí los artículos.

—Bueno, firmémoslos ya, contestó el embajador.

—Permitid un momento. ¿Tendrinis la bondad de leer al rey las principales cláusulas del tratado?

—¿Por qué no, señor conde? Por el primer artículo S. M. imperial cede para siempre á S. M. el rey de Dinamarca el ducado de Holstein, que ha sido hace mucho tiempo objeto de contestaciones entre las dos potencias.

—Bien, bien: dijo el rey á quien ya fastidiaba esta lectura: pasemos al segundo artículo.

—¿Me parece, dijo Struensee, que hay un mapa adjunto al tratado?

—Es este. Aquí están señalados con una línea encarnada los límites del ducado de Holstein.

—Perdone V. E.; me parece que no son esos los antiguos límites?

—Habeis de saber, señor conde, que segun las convenciones ulteriores, S. M. I. se ha reservado á título de indemnizacion, una corta porcion de territorio.

—¡Corta porcion, cuando es acaso la mas rica y la mas poblada! ¡El curso del Elba, ambas orillas y la navegacion! Dignaos ver, señor, dijo Struensee acercándose al rey y desarrollando el mapa en su presencia. Ciertamente que no es así como habeis entendido esta cláusula.

—„Así es, señor conde." dijo secamente el ministro ruso.

Cristiano no sabia qué pensar. Siguiendo sobre el mapa las líneas que le iba indicando el dedo de Struensee, no podia dejar de sentir la pérdida del fértil pais de que le querian despojar, y se admiraba de que el conde de Rantzau hubiese consentido en tan altas concesiones. Acaso esperaba que su privado recuperase en la discusion una parte de lo que la diplomacia le habia hecho perder, pues respondió:

—Sí, con efecto: puede ser que en eso haya algun error.

—Ciertamente, añadió Struensee. La corte de Dinamarca ha manifestado su buena voluntad accediendo á acomodamientos razonables; pero ¿el nuevo sacrificio que ahora se exige de ella, no sale de los límites de esa razon?

—Señor, contestó el príncipe con aspereza, ese sacrificio no es nuevo: se ha juzgado necesario como una escasa compensacion de las ventajas de que nosotros quisimos privarnos igualmente; sobre todo, tal es la voluntad de mi soberano.

—Y mi soberano, que está aquí presente, ¿no tiene tambien una voluntad?"

Cuando el amor propio de Cristiano se vió escitado de este modo, se aferró interiormente al partido de Struensee: mas sin embargo, para evitar toda acrimonia entre los dos diplomáticos, invocó sus futuras relaciones de suegro y yerno.

Pero estos afectos tenian poco poder con el embajador, el cual, concretándose al punto de la dificultad, protestó de nuevo contra cualquiera restriccion imprevista y capaz de destruir las bases de las convenciones precedentes.

[*Continuará.*]